

taron con exactitud admirable la ensayada comedia de resolver y decidir su muerte para ganar como buenos musulmanes favor en el juicio de su Dios y puesto en el Paraíso de su Mahoma. Según unánime convenio, Illán debía morir en la mañana del día siguiente. Condujéronle pues muy amarrado á próxima caverna y guardáronle allí tarde y noche. Illán creyó en su natural formalidad verdades las ficciones, y se dió por muerto. Pero no hubo de notar que los bandidos se guiñaban de vez en cuando el ojo y se sonreían con cierta irónica sonrisa. Unos se encargaron del jinete y otros del caballo cuidando á éste mucho mejor que á aquel. Y en efecto, llegadas las altas horas de la noche, todos se durmieron en la caverna y el joven cristiano pudo salirse de allí á hurtadillas. Si meditara un poco, extrañará mucho de hallar á la boca del sitio, donde lo habían recluso, su cabalgadura dispuesta y ensillada. No cayó en esta singularidad, y montando tomó la dirección del territorio cristiano con propósito en la volutad y juramento en los labios, de volver allí para plantar la cruz en los torreones de Granada y tomar de Isabel una terrible venganza.

CAPÍTULO IX.

Zoraya comenzó por prometer tan solo coloquios de amor, y Hacem por aceptar coloquios de amor tan solo. Todos estos coloquios llegaron, por fin, á unir aquellos seres indisolublemente. Enardecidos por sus propias palabras, cayeron abrazados y se olvidaron en tales abrazos de toda otra cosa que no fuera su mutua felicidad. Hacem, después de sometida la rebelión, volvió á desaparecer del mundo. Seis lunas enteras pasó allá en el palacio encantado, sin penetrar en las torres de la Alhambra; sin ver á la sultana Aixá; sin oír la voz de los fauques; sin leer las suras del Korán; sin consultar al cadí sobre los pleitos y sentencias; sin saber del vizir las cosas referentes al gobierno del reino. Todo el mundo extrañaba su ausencia. Unos decían que los cristianos le habían cautivado en atrevida correría; otros que las peris lo habían atraído á sus cavernas y hechizándolo con irremediabiles hechizos. Éste le creía

muerto en duelo singular con el rey de Castilla, y aquél ido al África para pedir auxilio á Túnez ó Fez en la triste agonía de su reino. Y eran tanto más de pensar todos estos desvaríos, cuanto que menudeaban las noticias de casos adversos á su corona y á su pueblo. Entre tantas quejas sobresalían las quejas de Aixá, que irritada por todo extremo, atribuyendo á pasatiempos amorosos las ausencias de Hacem, sentía juntamente vértigos de ambición en su desvariada cabeza y puñaladas de celos en su despedazado corazón. Pronta de suyo al odio y ateneada por la envidia; queriendo ocupar el sitio altísimo de su esposo como más digno de su ánimo varonil y de sus austeras costumbres; ansiando privar al Sultán de una corona para transmitir el honor á su hijo y apoderarse ella del usufructo, reunía los padres de las familias nobles, los valies de las ciudades amenazadas, los jefes de las tribus malcontentas, los corifeos de los barrios conmovidos, y los incitaba con ahinco al remedio de tanto abandono, poniendo á Boabdil en lugar de Hacem, con la seguridad de que en semejante mudanza se encontraba la salvación de todo el reino y la victoria sobre los infieles. Su humor era lo que los antiguos llamaban humor negro. Mujer avellanada y huesosa, no encontraba placer ni en la mesa, ni en el baile, ni en el juego, ni en las zambras. Una desgana continua y una melancolía profunda la disponían y aparejaban á correr toda clase de riesgos y desafiar toda suerte de peligros. Y como nada temía, y á

nadie amaba, hacía de sus palabras un torrente de injurias, sobre todo al hablar de su fementido esposo. Aunque las desventuras sobrevenidas caían sobre el reino, casi le satisfacían por el odio invencible que sentía hacia el rey. Triste y taciturna, los párpados en continuo movimiento, fruncidas las cejas, lívido el color, febril la piel, pintado el insomnio en las ojeras, la hipócondría en la sonrisa, la hiel en los labios, atormentaba á todo el mundo; pero por un desquite digno de la justicia distributiva que reina en la naturaleza, se atormentaba mucho más á sí misma. Con qué colores pintaba la toma de Alhama, á cuyas cimas atribuía el destino que tuvo el Ararat en el diluvio: servir de asilo á la corona granadina en la espantosa hora del universal naufragio. Cómo recordaba los mil caballos y los caballeros salidos de Granada para recobrarla, volviendo grupas y dispersándose á la vista del pabellón cristiano, cual bandada de gorriones al movimiento de haraposo espantajo. Sus ojos lanzaban siniestros reflejos; sus dientes rechinaban con ruidoso rechinamiento; crispábanse sus puños y erizábanse sus cabellos al recordar los cadáveres musulmicos insepultos por los desfiladeros y enterrados en los vientres de los cuervos y de los perros. Sus narices roncaban con ronquidos semejantes al resuello de un moribundo, si evocaba el día terrible en que vió el sol poniente reverberarse en las armaduras y lanzas cristianas, extendidas sobre Loja como arreboles relampagueantes en sangriento y tormen-

toso y encendido ocaso. Veíanse los riscos agrios, los abismos profundos, el resuello de los que subían por los desfiladeros, la lucha cuerpo á cuerpo entre los combatientes sobre rocas que se hundían y desplomaban, si á las anteriores narraciones juntaba la narración del asalto de los caudillos castellanos á las fortalezas granadinas. Oíanse caer los capacetes, quebrarse las lanzas, rodar las corazas, piafar los caballos desmontados de sus jinetes, si hablaba del desastre y rota de Lopera. Sollozaban todos con ella cuando sollozaba, más que con ternura de mujer, con entereza de guerrero, recordando la entrada de Hamet el zegrí en Ronda con sus gomeles heridos y mermados. Tanto furor crecía, enfureciendo á los demás, al mostrar aquel paraíso siempre amenazado, sus almazaras sin movimiento, sus ruzafas sin gente, sus alquerías en cenizas, sus cármenes talados, sus fuentes teñidas en sangre, sus fortalezas ruinosas, sus glorias eclipsadas, y un horóscopo siniestro pesando con terrible pesadumbre sobre todo el reino.

—Sí—decía con religioso acento, —Hacem irá ¡oh! á reunirse con los réprobos en el infierno. Veráse consumada su perdición eterna. Las nieblas de perdurable noche cubrirán su rostro en el otro mundo y las manchas de perdurable oprobio ensuciarán su nombre en la humana memoria. Consumiránse sus huesos en las llamas perdurables y no tendrá con Dios ni un solo intercesor. Entonces no sabrá cómo librarse del fuego que lo devore. Co-

gedle, pues, ceñidle pesadas cadenas: que si dais sus entrañas á los perros en este mundo, dais al mismo tiempo su alma á los abismos en el otro. Condenado inapelablemente, querrá volver á la tierra para salvar sus ciudades y redimir sus culpas; pero le lanzarán con hierros encendidos en lo más hondo los genios del mal que guardan los avernos como guarda el hornero los hornos. Y le dirán que padezca por haber faltado á sus juramentos, puesto la mentira en lugar de la verdad y roto un cetro santo, entregando sus míseros fragmentos á los perros infieles. Y al verle morderse los puños, preguntaránle á una los guardadores del infierno si alguien le advirtió sus pecados, y él responderá que sí, pero que opuso á sus quejas sordera en los oídos, indiferencia en la mente, frío en el corazón, asco en el estómago. Así, confesará sus culpas más tarde, porque no habrá rescate para sus penas. Elevará al cielo sus plañidos inútilmente, porque una luz misteriosa le dirá que se prolongaron sus días para procurar su arrepentimiento y solo se obtuvo su reincidencia. Volveráse á los bienaventurados pidiéndoles del agua sagrada en que han lavado sus manchas, y no tendrá respuesta por haber ido tras los placeres mundanales, olvidado del juicio final. Y aunque trate de incorporarse, quedará tendido en su lecho de brasas toda una eternidad. Y un heraldo le dirá: maldición sobre el impío, que ha corrompido toda pureza y ha negado con sus hechos y sus ideas en su vida

terrena la vida futura. Así es que todos cuantos se congreguen y conjuren para derrocarlo de su profanado solio no harán más que adelantarse al día de los castigos eternos y tomar sobre sí el ministerio de los rigores divinos. ¡Sus! pues, leones del desierto. Id seguidos de vuestras hembras y de vuestros cachorros á beber la sangre maldecida del tirano. Y le encontraréis en el lecho de sus inmundos placeres, de donde caerá herido por nuestras garras al lugar de los eternos dolores.

Estas palabras sembraban odios en los ánimos como las trombas siembran tormentas en los mares. Cada linaje sentía una ofensa reciente, la cual, á su vez, le recordaba un agravio antiguo. Poco duchos en cosas políticas imaginaban estos pueblos ocurrir á todos los males futuros con desarraigar los males presentes. Por ende cada jefe se iba á su hogar respectivo, y después de haber apurado cóleras amargas en las palabras de Aixá, las transmitía airado al ánimo de los suyos tan abierto á las pasiones como el inmenso Sahara á los vientos. Y movidos de estas pasiones tumultuosas, requerían sus cimitarras y las probaban al par de sus arcabuces para el próximo tumulto, jurando no desistir sino por la muerte ó por la victoria. Nada más fácil que todas estas guerras civiles allí donde cada hombre puede llamarse un soldado, á quien le dan las armas batalladoras casi al par de los sentimientos naturales; allí donde cada casa guarda el aspecto de una fortaleza almenada y aspillera para la

resistencia y para el ataque; allí, donde cada tribu compone una legión viviente y eterna que trasmite á todas sus generaciones de legionarios un acerbo común tanto de glorias como de desastres; allí, donde cada calle ofrece en sus tortuosidades y estrecheces facilidad indecible para la pelea; y cada plaza se trueca en campamento; y cada murado barrio, guarecido por cien torres y aislado por su foso, toma las proporciones de una gran ciudad militar; y desde las enseñanzas de las madrisás hasta las arengas de las aljamas adoban los ánimos para el odio y soplan en pechos fáciles de avivarse á la idea de los combates las crueles é indomables aspiraciones á una eterna guerra. No se necesitaba, pues, la calidad de astrónomo político para ver en los abismos y en los cielos de Granada las tormentas y las tempestades próximas á estallar con espantosos estallidos. En el sentimiento universal estaba que si la sublevación de Gezar se frustrara, debióse indudablemente á tener solo grande negación, el odio al tirano Hacem, pero en cambio una débil afirmación como era el mando de terrible oligarquía impopular por todo extremo en Granada, y más aún que impopular, incomprensible. Así Aixá movía mejor los asuntos que Gezar, prometiéndole el destronamiento de Hacem, y tras la consecución de tamaño propósito su exaltación propia en la persona de Boabdil, obediente hijo, quien solo podría mandar bajo la tutela de su madre.

Z. OJITEAD

CAPÍTULO X.

Y mientras tanto, allá en la colina del Sol, con las huertas del Generalife al pie, con los cristales de Sierra Nevada á la espalda, con la estrecha vega del Dauro á la derecha, con el ancho valle del Genil á la izquierda, con Granada al frente como una cortina pérsica de mil varios bordados, hacia el Norte los volcanes que parecen humeantes de la riscalosa Elvira y hacia el Oeste las cordilleras que parecen nubes de la graciosísima Loja, en jardín de umbrosas alamedas regadas por mil sueltos arroyos y en palacio semejante á un oculto nido, liban sus amores los que podemos llamar ya reyes verdaderos de tan hermosas como alteradas comarcas. Seis meses han trascurrido de satisfacciones continuas, seis meses de desvaríos incesantes, seis meses de goces sin término, seis meses de arrullos sin tregua, seis meses de ensueños sin pesadillas, seis meses de delicias como no puede te-

nerlas iguales el paraíso mahometano; y Zoraya, que hasta ha renegado de su Dios por haber unido su vida con la vida de aquel hombre, no tiene curiosidad de saber, ni su apellido, ni su oficio, ni su posición, ni su estirpe. Y debemos decirlo en obsequio de su amor, todo lo creía de su amante, menos que pudiera ser rey de Granada, pues á un rey de Granada no le hubiera permitido su cargo tales ausencias. Tomábalo por noble de sumo valor y de suma riqueza; pero no lo tomaba por un monarca en realidad. Así nada preguntaba. Sabiendo que es feliz, no necesita saber la infeliz más. ¿Qué le falta? Los laureles y cipreses le dan sombra; los miradores alicatados y cubiertos de azulejos, albergue; las rosas de Alejandría y los jazmines de Damasco, aromas; los surtidores desatados en arroyos y las parleras avecillas, música; las hojas del azahar y del granado mezcladas con las ramas del terebinto y de la palmera, colores y matices; las nieves eternas, que toman esmaltes varios y las cimas metálicas que flamean á guisa de llama arrebolada, encantadores cuadros; las fuentes, fresca; la tierra, un amante; y el corazón, amor. El sitio que habita, como templo de su dicha, no tiene ni puede tener igual en nuestro planeta. Se extiende bajo el cielo más luminoso de la tierra, bajo el cielo de Andalucía; se riega con dos ríos, el uno de corrientes de oro y el otro de corrientes de plata, que confluyen al pie de la ciudad moruna; se adorna de colinas, donde en las cumbres cimbrean los verdi-

claros pinos mezclados con los verdi-negros cipreses, las flexibles palmas confundidas con los terebintos y los sicomoros, mientras por las laderas, colgados como canastillos de flores, verdean los pensiles y cármenes dignos de la encantada Syria; se encierra entre cordilleras níveas y volcánicas; se enriquece con acequias las cuales riegan desde las moreras productoras de lustrosa seda, hasta las pencas productoras de purpúrea cochinilla; se sana con aires embalsamados de espliego y manantiales compuestos de aguas cristalinas y vírgenes; entre bosques levanta sus bermejas torres la Alhambra; entre florestas sus pintados kioskos el Generalife; entre muros aspillerados en forma de diadema sus granos de rubíes la entreabierta Granada, única rival de Damasco, en cuyo recinto se elevan las mezquitas con los coros de los muezines que saludan las horas santas del día, y pasan hormigueando por las encrucijadas los guerreros que vuelven de sus correrías ó de sus ejercicios, ó los fieles que se congregan para oír la voz de los alfaquíes y de los santones; lucen los dorados alminares contrastando con los surtidores parecidos á móviles columnas de cristal; el misterio se esconde en los ajimeces, en las celosías, en las ocultas rejas; al par que el cántico, manifestación del arte árabe por excelencia, henchido de ideas poéticas y acompañado por el laud y la guzla, vuela hacia lo alto, como al impulso de las tristezas infinitas del amor, que tanto se parecen, siendo principio de

toda vida, á las infinitas tristezas de la muerte. Recorred el mundo entero y no encontraréis en parte alguna claro-oscuro tan singular; contrastes de tanto relieve, así en el campo como en la ciudad; el desierto y la floresta juntos, el ventisquero formándose todos los días y el volcán extinguido; los refinamientos de la arquitectura entre los encantos de la naturaleza; las selvas primitivas y los huertos cultivados con todas las perfecciones del arte; el sensualismo más epicúreo en la vida confundándose con los vuelos místicos y con los ensueños poéticos de las almas enamoradas; todas las crueldades de las guerras, tanto civiles como extranjeras, y todas las prácticas de la más singular y desinteresada caballería. Aún podéis formaros de aquello una idea; porque si han cambiado los actores, no ha cambiado el escenario; y no existe lugar alguno en la tierra tan parecido al edén soñado por los profetas. Zoraya desde una ventana de su palacio lo mira; porque Zoraya lo encuentra siempre nuevo. ¿Quién puede creer que de tan risueño Paraíso, va pronto á exhalar una torva nube de muerte? ¿Quién puede imaginar que del aroma de las flores, del vapor de las fuentes, del ether de tantos reflejos, del alma de tantas cosas bellas va pronto á surgir una tromba de odios, toda violencias, asolamientos, estragos? Perfumes como un pebetero debía exhalar la vega, y no cóleras; armonías como una guzla debía despedir la luz y no rayos de infinita ira; poesía sin fin debían dar aquellos palacios y no guerras sin tre-

gua; que tanta y tanta vida parece divorciada de la muerte. Y sin embargo, si Zoraya, embebida en la contemplación del espléndido cuadro formado por el paradisiaco valle pudiera ver el interior de la ciudad, notara que se daban las gentes citas misteriosas y contraseñas extrañas; que se miraban los de la misma tribu como excitándose á una empresa común y los de tribus contrarias como disponiéndose á morir ó matar; que este limpiaba sus armas, que aquel ensillaba su caballo, que el de más allá hacía recomendaciones á su familia como si la eternidad estuviera cerca; que todos se movían á impulsos del odio y se preparaban para una sangrienta guerra.

Desprevenida y descuidada la pobre joven, reconcentrábase en sí misma y hacía como examen de conciencia. Su amador, que no la abandonaba un instante, á sus piés tendido, en aquella sazón acababa de dormirse profundamente, después de haberle consagrado lánguidas miradas, llenas de ardiente voluptuosidad, y elocuentísimas frases henchidas de exaltado amor. Zoraya, pues, á virtud de esos estados del alma que dan algún vagar para convertir el pensamiento hacia sí mismo, escudriñar la conciencia y volver la vista atrás, miraba todo cuanto le sobrevénia con extraña mirada sin darse cuenta de todo su alcance ni presentir todas sus consecuencias. Y no dejaba de encontrar en los repliegues de su conciencia y en los giros de su idea algún tormento. Lo que realmen-

te le atormentaba era un pensamiento tristísimo, el abandono de su fe. Así decía:

—Dios mío—renegué de ti con los labios y te conservo en el corazón. De la ruina de mi castillo, del incendio de mi hogar, de la desaparición de mis padres, del destrozo de mis altares, hubiese salvado la fe, que en la cautividad me consolaba más, mucho más que el pedazo de cielo visto tras las celosías y las rejas. Para arrancarte de mi vida sería necesario arrancarme esta sangre que me mantiene y esta carne que me viste, y el alma entera que me anima; porque tú, Dios mío, tú eres el alma del alma. En vano quiero lanzarte del pecho, vuelves á entrar con el aire que respiro; en vano desposeeerte del corazón, vuelves á henchirlo con toda clase de grandes sentimientos en los cuales corre tu soplo creador y tu verbo vivificante. ¡Oh Virgen Madre! ¡Cómo huir á tu culto, como dejar de verte con tus flores en los piés, con tus estrellas en la frente, con tu divino hijo en los brazos, para aceptar un Dios implacable y sañudo; de guerras y combates, el cual se ha bebido en crüentos holocaustos la sangre de mis padres! ¡Dios mío! ¡Dios mío! Y este moro me idolatra. Éste moro me redime de mi cautiverio para convertirme de sierva en señora de inacabables jardines y de encantados palacios. Este moro me ama con amor, que no volveré á encontrar jamás ni en el cielo ni en la tierra. Yo le llevaría, Señor, al pie de tus aras, obligándole á pronunciar tu nombre incomunicable y á confundir en

el pecho con mi amor tu fe. Mas ignoro qué misterio le rodea, pues me dice que proclamar tu nombre y recibir la muerte sería obra de un minuto. Y darle la muerte, á cambio del amor que me profesa ¡oh! cosa cruel y horrible, realmente para maldecida por tu justicia y no perdonada jamás por tu misericordia. ¿Qué hacer, Dios mío, en esta pugna horrible entre mi corazón y mi conciencia?

CAPÍTULO XI.

Oyóse en la ciudad, cuando llegaba la favorita á esta serie de sus pensamientos tal vocerío, que Hacem se despertó azorado, miró á lo lejos con recelo y debió adivinar ó presentir algo grave, pues cogiéndole á su beldad ambas manos, las besó con efusión, y diciéndole que pronto, muy pronto volvía, pasó por los fantásticos miradores, bajó por las largas escaleras, atravesó los pintados jardines, acercóse al seto del mágico sitio y entró en una inmensa estancia cercana á la puerta, diciendo:

— Venegas, mi vizir.

— ¿Qué manda V. A.?— preguntó el vizir.

— ¿Estamos solos?

— Solos.

— ¿Nadie nos oye?

— Nadie.

— Necesito una suprema conversación contigo.

— Hable V. A.

—No quiero más tiempo la pesadumbre abrumadora del Estado.

—Cúmplase la voluntad de V. A.

—El amor me ha curado todas las ambiciones mundanales.

—Bendito sea Alah.

—Deseo pasar mi vida contemplando á mi sultana.

—Todos tus deseos tienen fuerza de leyes.

—Mi dicha es sin igual y no quiero compartirla con persona ni cosa alguna, porque me falta tiempo para gozarla.

—¿Y á quién vas á confiar el reino?

—¿Que te parece?

—¿Quizás á Boabdil?

—¡Oh! No. Mis astrólogos han dicho que está destinado á perderlo.

—¿Quizás á Aixá?

—Menos. Una mujer mandando en Granada, jamás.

—¿Quizás á tu hermano el Zagal?

—Buen guerrero; mal gobernador.

—¿Qué hacer?

—Conservar el nombre de rey para mí.

—Perfectamente pensado.

—Y dar la dirección de la monarquía.....

—¿Á quién?

—Á ti.

—Bendito sea Alah y Mahoma su profeta. Cúmplase la voluntad de V. A. Los deseos de Hacem son órdenes para todos sus vasallos.

—Despide el haren.

—Cosa grave para la alcurnia de V. A. y para el estado de los ánimos.

—¡Oh! Siempre necesitado de contar con todo aquel que cree dominarlos á todos.

—No hay remedio. ¿Qué dirá el Sultán de Constantinopla, hoy califa de los creyentes, cuando sepa tu desprecio por las georgianas, enviadas en una de las galeras vencedoras del último de los Constantinos? ¿Qué dirá el Sultán de Fez si devuelves, ó regalas ó vendes las más bellas siervas engendradas por la ardorosa África, incomparables gacelas del desierto? ¿Qué dirá el Sultán de Túnez cuando sepa la poca estimación en que has tenido las más preciadas joyas? La fama de tu debilidad llegará á Egipto con tus mujeres egipcias olvidadas. No pienses tal, Hacem, no pienses tal: que si lo hicieras, creerías cristiano tus vasallos y estábamos perdidos.

—Pues, á lo menos, repudiaré á Aixá.

—Ya debías haberla repudiado.

—Por repudiada. Notificalo mañana en la Alhambra, pasado mañana en la ciudad.

—Tus deseos tienen fuerza de leyes.

Al llegar aquí, penetró en la estancia el esclavo predilecto de Hacem, después de la muerte del nubio; el esclavo georgiano se aproximó confuso. Al mismo tiempo que el esclavo georgiano, penetró estridente rumor parecido al eco de una tormenta.

—¿Qué traes?—preguntó Hacem.

—¿Cómo llegas hasta aquí con tanta irreverencia sin previo anuncio y sin permiso?—preguntó á su vez Venegas.

—Porque ya sabéis que soy un perro, y he preferido desacataros á perderos.

—¿Qué sucede?—preguntó Hacem.

—Que Granada está insurrecta—respondió el nubio.

—Se habrá levantado como suele el inquieto Albaicín contra los gomeles ó los zegríes—dijo el Sultán alzándose de hombros.

—No; se ha levantado casi toda la ciudad.

—¡Cá!—respondió el Sultán.

—Aixá ha movido los ánimos.

—Ya sabrá Aixá quién es Hacem.

—Corre el rumor de que una hada siniestra ha resucitado á una esclava cristiana; y que esta esclava cristiana te ha traído aquí, para hechizarte primero, y luego convertirme á la religión de los infieles.

—¿Y hay quien crea semejantes majaderías?

—Las cree todo un pueblo—respondió el georgiano.

—Espantoso rumor se oye—dijo el vizir.

—Ya te he dicho que tienes el gobierno; sácame, pues, del apuro—dijo el Sultán al vizir.

—Pues comienza como de perlas mi reinado—exclamó el vizir.

—Algún mal ha de ir mezclado á tanto bien.

Y el Sultán dejó á sus interlocutores y se dirigió al mirador de su Zoraya.

CAPÍTULO XII.

Granada se conmueve hasta en sus cimientos con la desaparición del rey en tiempo de tanto peligro. Las palabras de Aixá trasmitidas por alfaquíes y santones, producen superstición grandísima en pueblo de natural supersticioso. Los astrólogos leen allá en los cielos sus señales; miran los adivinos las rayas de las manos; recitan los agoreros siniestros horóscopos; y todos caen á una en tristes y siniestras profecías. Ciérranse las puertas de los zacatines y ábrense las puertas de las alcazabas. Los atambores truenan como la tormenta; los atabales gritan como si de cada uno de sus gritos se desprendieran fulminantes iras. Aquí el pueblo escucha á un profeta que maldice; y allá á un ciego que canta elegías de profundísima tristeza. Cada granadino empuña un arma. Las torres se erizan de lanzas como para un largo sitio. El Albaicín resuena cual pudiera campamento grande ocupado por in-